

San José, Costa Rica, 1.º de Agosto de 1894

Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

N.º 10

CONTENIDO

I, 11 de Noviembre—II, Primer amor—III, Neya—IV, Cantares—V, La bomba—VI, Los hombres de la Marquesa—VII, Notas

Tip. Nacional.



El once de Noviembre

A Antonio Araújo L.

Evoca esa fecha un tiempo adormecido, no muerto en mis recuerdos.

Era yo colegial, y el profesor de historia patria refería que los representantes del buen pueblo de Cartagena de Indias, el día 11 de Noviembre de 1811 habían declarado de una manera formal rotos los vínculos de sumisión y vasallaje que á esa ciudad ligaban con la corona de España, comprometiéndose con sus vidas y haciendas á mantener la independencia proclamada.

Después, decíanos, llegó el año terrible de 1815, y millares de individuos sufrieron tormentos como no se hallan iguales, por lo refinadamente bárbaros, sino en la torre donde Ugolino se comía á sus hijos. Así cual el pensador que sabe morir por una idea sin deshonorarse solicitando perdón, Cartagena murió por la libertad, y los cosacos de Morillo sólo hallaron en la población escombros que se defendían con hedor á podredumbre, esqueletos que corrían á la orilla del mar, buscando naves para huír, y se desplomaban en tierra sin lograr su intento, quedando inmóviles tras espantosa agitación, como si hubieran bailado la danza macabra al rededor de esa tumba inmensa del Océano.

Sucediendo á los horrores del sitio, continuaba el profesor, vinieron los de la pacificación. ¡Qué página tan negra en la historia de Colombia forma aquella proclama de Montalvo, anunciando el suplicio de los nueve Mártires! "Cartageneros", decía el español, "mañana serán ejecutados Manuel del Castillo, Pantaleón Germán Ribón, José María Portocarrero," y citaba nombres hasta completar los nueve predestinados inmortales. Era el 24 de Febrero de 1816: unos hombres que estimaron su derecho defender la autonomía del país de su nacimiento, perdieron en el patíbulo

la vida que nadie tenía potestad legal de arrebatárselos. Mas ¡oh Patria! así como "del polvo del último de los Gracos nació Mario," así de la sangre de esas víctimas nacieron Antonio Ricaurte, José María Córdoba y Atanasio Girardot. Ciego quien no viera del pecho roto de los mártires salir volando, cual lo hace de la cumbre del monte hacia las nubes el águila ya dueña de sus alas, la paloma blanca de la libertad, anunciando al americano la buena nueva de una próxima definitiva redención.

Nadie ha podido arrancarme de la memoria esas enseñanzas. Convertidas en guñapos las de clase diferente, el desengaño, trapero horrible, llega todas las noches á mi celda y escarba entre la frente y la almohada, llevándose en el extremo de su gancho montones de creencias. Pero el dolor que me causa el nocturno visitante no iguala al placer de llamar en las tristezas de la ausencia á estos amigos, los infantiles recuerdos, legión de hermosos niños que se lanza á nuestros brazos charlando con deliciosa alegría. ¡Oh memoria! recordemos, que recordar es vivir.

* * *

Veo una gran reunión de gentes. Marchan al compás de la música. Forman la vanguardia centenas de chiquillos que corren cogidos de los brazos, gritando como locos, con caras y manos pintadas de rojo y azul. Detrás vienen unos carruajes deslizándose lentamente. Han llegado á una esquina; alguien lee con voz gruesa en un papel. Es el decreto de la autoridad permitiendo á los habitantes de Cartagena, honestos regocijos públicos por tres días en conmemoración del 11 de Noviembre de 1811.

La algarazara de los muchachos contagia á los hombres y de aquel voluminoso haz de individuos que gesticulan, y gritan con todos sus pulmones, brotan rumores varios, semejantes á los del agitado mar vecino, cuando Diciembre con las brisas del Norte hincha sus olas de modo tan fiero que pone el espanto en los más viriles corazones.

Deja la procesión el círculo de la ciudad y marcha al barrio de Gethsemaní. Ya pasaron la boca del puente y están frente á los bustos de los fusilados el 24 de Febrero. Pueblo! Ante el que gobierna conserva el sombrero en la cabeza y no dobles la rodilla; pero descúbrete al pasar junto á esos hombres de mármol, porque ellos sacrificaron vidas y haciendas para darte libertad.

Ah, jóvenes de la aristocracia, non fuyáis de miedo

por vuestras pecheras blancas. Quieren estos mozos que fraternicéis con ellos. ¿Os desagrada ir pintarrajeados donde vuestras damas? Pero no son mujerzuelas las que os embadurnan de azul, sino callosas manos de obrero. Algo debéis sacrificar de vuestro orgullo para que olviden estos hombres el menosprecio con que los tratáis. ¿Consentís? Bueno: Luis Capeto también bajó la cabeza para caerse el gorro frigio.

Adelante! Crece la multitud cual caudaloso río, pues en cada esquina recibe el tributo de corrientes enormes que se trasfunden en ella. Viene la noche y durante unas horas se disuelve el gentío para reunirse en las plazas nuevamente.

Aquel es el lugar de los juegos públicos. ¿Seduce tu mente, pobre niño, la armonía que produce el oro al chocar pieza con pieza? ¿Quieres convertir en moneda de plata, prescindiendo del trabajo, los ochavos que te dieron en casa para comer golosinas, y corres á apuntarlos en la rueda de la fortuna? ¿Ya regresas llorando porque los perdiste? Oh, alégrome, amiguito, aunque te parezca cruel este lenguaje. Si el vicio halaga tus apetitos eres hombre al agua, pues la afición á lo agradable es cualidad de la naturaleza humana. Cuántos no se ahogaran en el cieno, si como á tí les marcara la siniestra bola un número enemigo. Conserva horror por la pasión del juego, y ve allí donde elevan esos globos, que son nuestro luminoso calendario republicano. Mira: la leyenda de éste dice SUCRE; PÁEZ la del otro, y aquéllos llevan inscritos los gloriosos nombres de Ayacucho y Las Queseras del Medio.

Ha concluído la noche del 10 de Noviembre.

*
**

—Madre, tengo miedo. ¿Van á echarnos las casas encima con esos disparos de cañón?

—No, hijo mío. Disparan sin proyectiles. Es una salva con que saludan la aurora de este gran día once. Hoy debemos alegrarnos todos, porque si nuestros padres no nos independizan de España, quizás ya no estuvieras conmigo y tendría que besarte en la frente, á escondidas de algún amo, ocultando lo que es mi orgullo hacer delante de todos.

—¿Y hay fiestas hoy?

—Muchísimas. Primero van los señores al *Te Deum*; luego el Presidente dirá un discurso para recordarnos que la libertad está sobre todas las cosas y cuando por desgracia llegemos á perderla, es indiscutible nuestro derecho de

procurárnosla con la fuerza, cual lo hicieron los héroes de la guerra magna. A medio día, cinco carros alegóricos recorrerán la ciudad. En cada uno estarán representadas por bellas señoritas las cinco naciones que libertó Bolívar, como un homenaje á la fraternidad en que debemos vivir los americanos. Aunque todo no lo comprendas bien, fíjate en la palabra libertad. Ella significa que nadie tiene derecho sobre tu individuo y no hay en ninguna parte amos de los hombres. Si alguien mañana quiere disponer de tí, no debes permitirlo.

—Y si algún señor, cuando yo venga de la escuela, me encierra para que no vuelva á verte y no me da de comer aun cuando grite, ¿debo matarlo?

—Espanta tu pregunta, hijo mío. Jamás te hallarás en ese caso, porque nadie hace mal á los niños, ni aun entre salvajes. Los pueblos sí suelen encontrarse en la situación que dices, por ejemplo, cuando un gobernante malo encierra al pobre en los cuarteles para que vele su sueño con arma al brazo, separándolo de su familia, y á otros merma el alimento con numerosas contribuciones. Conviene todos en que á ese mal gobernante hay necesidad de suprimirlo por la guerra. Pero algunos observan que si tal cosa exige derramar inocente sangre en abundancia, fuera más racional castigar con la muerte al solo culpable, y las vidas de miles de hombres se salvarían. Más tarde comprenderás el alcance de estas palabras.

—En Colombia el Presidente es bueno y todos somos libres, ¿no es verdad?

—Sí; por ahora tenemos un mandatario honrado y justo: somos libres, dijiste bien.

¿Hoy permiten los disfraces?

—Es la principal de las diversiones en los tres días. Luego verás á tus hermanos mayores convertidos en señoritas por el traje. Desde ayer traen revuelta la casa, buscando toda la ropa de mujer que hay disponible en los baúles. Si me ofreces no llorar, te llevo al baile de máscaras esta noche.

—¿Y no hacen ahora ejercicios militares?

—También; anúncialos el programa para las cuatro de la tarde. ¿Has visto la bandera que va en el centro de las compañías? Ámala y respétala: ella es la sagrada insignia de la Patria, madre digna de cuanto sacrificio el hombre puede realizar. Profesa veneración á los soldados, que son los defensores en primera línea de esta hermosa tierra donde nacimos. Si en alguna ocasión deberás sentir alegría,

será hoy, cuando mires nuestros disciplinados batallones simulando combates y haciendo los ejercicios con precisión admirable. En la plaza, de sus movimientos resultan figuras como trazadas con escuadra y tras el humo de las cápsulas sin plomo, surgen bandadas de palomas adornadas con el lazo tricolor. Mañana, si fuere necesario pelear por la libertad ó la integridad del territorio, volarán las águilas de la victoria por cima de las bayonetas ensangrentadas. Si todo naufragara en este país, la tradición del valor subsistiría. Expresó la verdad el soldado á quien se mandó dar el toque de retirada y dijo en respuesta: no conocemos esa voz los colombianos.

—Madre, si el español volviera, yo pediría un fusil para irme á la guerra.

—Ya no son tiempos de conquista, hijo. El español viene de amigo, á trabajar con nosotros, y debemos tratarlo con afecto, porque todos somos hermanos.

—Perfectamente, mas recuerdo que anoche no me dejaste jugar á la lotería. Tan bonito como se ve el cuadro de bancos, lleno de hombres y mujeres que apuntan en sus cartones las bolas sacadas por el pregonero de en medio, y ganan mucho dinero si gritan: ¡Bueno!

—Es inocente ese juego y constituye una distracción para la gente infeliz del pueblo. Hasta poesía hay en él. La cantilena con que acompañan el nombre de cada figura, es á veces un verso delicado del gran bardo anónimo, autor de los cañtos populares. A tí y á tus hermanos he oído cuando jugábais en la lotería que vosotros pintásteis, cantar el árbol de este modo, por cierto muy poético:

Al árbol bello y coposo
que en un tiempo florecía,
se le secaron las ramas
donde yo flores cogía.

—Y entonces ¿por qué te opones á que juegue en la plaza?

—Allí el interés se mezcla á la distracción. No quiero que por una ganancia fácil halles después enfadado el trabajo, único medio legítimo de obtener dinero, y pidas á las eternas agonías del vicio lo que ganarás honradamente en la fatiga del taller ó del escritorio. Por otra parte, esos hombres y mujeres que ves en los bancos son víctimas del egoísmo social; no los educan, y su lenguaje es tabernario: conviene tratarlos de lejos. No imagines que eres superior á ellos por naturaleza: negros ó mulatos, son tus

iguales, salvo que estás instruyéndote y esos pobres no verán la luz. Obligación tuya cuando sepas habrá de ser tolerar su ignorancia y corregirla.

—Entonces, puesto que no juego, quiero ver el baile de máscaras adonde van mis hermanas y también el baile popular que empieza á las diez en las galerías bajas del Palacio.

—Corriente, nos repartiremos. Deseo que goces viendo al pueblo divertirse. Esos obreros y mujeres de servicio son mulas de carga todo el año. No les hacen ningún favor con darles música. Devuélvenles unas gotas nada más del sudor que vierten hora por hora llenando nuestras exigencias.

.....
Sueño que son las doce de la noche y el día once de Noviembre acaba. Recuerdo los discursos; veo á mi amiga María personificando á Colombia en el carro triunfal; innumerable ejército dispara sus armas y siento los escalofríos del temor; surcan el espacio hermosas y movibles luminarias; estallan mil cohetes de una pieza de fuego y se mira entre luces de colores la libertad iluminando el mundo; centenas de instrumentos dan sus voces y encienden en los nervios la fiebre del baile. Todo calla de repente; algo muy suave acaricia mis mejillas: es un beso. Pierdo la noción de la vida y duermo tranquilo.

Oh! si no despertara!

JUAN CORONEL.



laba al cielo, en medio de un enjambre de niños alados que sonreían al mirar sus alitas trasparentes y blancas como inmaculada nieve.

Desde ese momento no hubo un sólo día en que aquella madre no visitara mañana y tarde la tumba de su hija. Para ella eran las blancas azucenas, los *no me olvides* y los jazmines que producían los jardines todos de San José. Modelo de madres, pasaba horas enteras llorando, reclinada ante la tumba de su Neya, como si fuese la estatua muda del dolor.

En la exaltación febril en que vivía, en cualquier ruido pensaba oír la vocecita del ángel que buscaba.

Una tarde se arrodilló sobre el césped aquella madre, en cuyas facciones demacradas se pintaba la resignación, y estuvo largo rato con los ojos fijos sobre la losa impenetrable y las manos enlazadas sobre el pecho: oraba. La ojera honda y pálida, el dolor que revelaba su rostro y la actitud humilde en que permanecía rezando con labio trémulo, hubieran conmovido á quien, penetrando en el cementerio, la hubiera sorprendido bajo la sombra lúgubre de los cipreses. Las campanas de las vecinas iglesias tocaban el *Angelus* y del fondo de su alma se elevaba al cielo una *Ave María*, cuando una niebla blanquecina, ténue y olorosa, como la nube de incienso que se remonta ante el altar, vino á posarse en medio de la tumba en donde estaba arrodillada aquella madre infeliz, y Neya, rodeada de una aureola de luz, apareció y le dijo:

“Madre.....! es tan inmenso tu dolor, que en el mismo cielo ha llegado á conmover á Aquel que todo lo rige, y me envía para que te consuele. Madre, enjuga tus lágrimas. Ven!.....dame un beso.....!”

Y aquella madre nolloró más. Había muerto besando la lápida marmórea, en donde, en letras negras se leía escrito el nombre de su hija.

Fajaljit



Cantares

—:0:—

Quisiera subirme al cielo
y estampar tu nombre allí,
para que al alzar los ojos
pensaran todos en tí.

Consulté con las estrellas
para saber mi destino,
y noté que se movían
y formaban tu apellido.

Procura no despertarme
cuando me veas dormir,
no sea que esté soñando
y sueñe que soy feliz.

Ojos azules tenía
la mujer que me engañó;
ojos de color de cielo...
mira tú si fue traición.

Arroyo que presuroso
te diriges hacia el mar,
despacio caminarías
si supieses dónde vas.

Río arriba, río arriba
nunca el agua correrá;
que en el mundo, río abajo,
río abajo todo va.

De tanto mirarme en tí
como tú me estoy volviendo;
que si el mar es tan azul
es de mirar tanto al cielo.

La ilusión nace con alas,
y apenas nacida, vuela;
el desengaño es de plomo,
y donde nace se queda.

Entre la arena, unas perlas
he encontrado esta mañana;
dí si el mar las arrojó
ó si has llorado en la playa.

Si lo que yo pienso en tí
colgara de mis cabellos,
cabellos me faltarían
para tantos pensamientos.

La campana de mi pueblo
sí que me quiere de veras:
se alegró cuando nació
y llorará cuando muera.

Te quiero si abres los ojos,
pero más si los entornas;
que á mí siempre los capullos
me gustan más que las rosas.

Fiel dijiste que serías,
y no has dejado de serlo;
mas eres fiel de balanza
que se inclina al mayor peso.

Orillitas de la mar
voy á llorar sus desvíos,
porque me duele amargar
la corriente de los ríos.

Los anchos mares crucé
para lograr olvidarte,
y más veces pensé en tí
que gotas miré en los mares.

Es un ave la calumnia
que, en cuanto sale del nido,
se echa á volar repitiendo
las canciones que ha aprendido.

Quieres ocultar tu amor
y por los ojos lo muestras,
haces como las granadas,
que aun en el árbol revientan.

Por toda una eternidad
que me amarías juraste.
¡Válgame Dios, y qué cortas
que son tus eternidades!

MELCHOR DE PALAU



LA BOMBA

Así habló mi amigo:

“Raúl era un verdadero artista; daba gusto visitar su taller situado en la rue Sainte Geneviève, por la variedad asombrosa que reinaba en sus pinturas; por el abandono artístico que caracteriza al joven laborioso que atiende á todo á la vez, sin ocuparse en definitiva en nada, por la belleza admirable de que estaban matizadas todas sus obras, concluídas unas, á medio concluir otras, bosquejadas apenas las demás, pero revelando el vigor de su genio, todas.

Marcos de dorado esmalte encerraban acuarelas preciosísimas: ora una ninfa de seno erguido y cadera amplia, surgiendo de una onda azul; ora un paisaje de invierno tomado de las montañas suizas, tan natural, que tuvimos intención de palparlo para convencernos de que era tan sólo una combinación de colores; ora una pastorcilla fresca, rolliza, voluptuosa, en cuyos labios se veían palpitar los besos; ora un combate sangriento en los alrededores de París, entre franceses y prusianos, en que parecía sentirse hasta el olor de la sangre, que en borbotones espumosos inundaba la pradera cubierta de cadáveres y despojos tristes; ora, en fin, la gentil figura de una dama de salón á la *dernière*, con todos los matices de su rango.

Había además cuadros en que varios brochazos trazados al acaso talvez, simulaban el follaje de un recodo del Bosque de Boloña, la augusta cumbre de una montaña tropical ó la superficie tersa de un lago suizo; y otros el que más llamó nuestra atención por la facilidad que revelaba en su autor, en que el lápiz corrido con negligencia en el lienzo, había bosquejado la silueta de Venus Cítarea implorando el amor de Adonis desdeñoso y frío.

La última tarde que estuvimos á visitarlo cumplía Raúl veinticinco años. “Ya ven VV. nos dijo, cuento ya los veinticinco y no tengo ni un franco con qué ir ma-

ñana á un fonda á *dejeuner* ¡Ah prusianos malditos! Algún día los hemos de sitiar también y entonces sabrán cuanto valen los franceses que tenemos sangre republicana. Por ellos, queridos amigos, estoy arruinado, no he podido exhibir mis cuadros, y ahora no hay quien me de ni un céntimo por ellos.”

Cuando nos despedimos quedó en ir á pasar el día siguiente con nosotros.

Un día estaba Raúl más atareado que nunca, sacando de una fotografía descolorida, un hermosísimo retrato de su novia, Anita, la hija del señor Lembroy, entusiasta adversario de los sitiadores, que había entregado al ejército hasta el último grano que guardaba en sus bodegas, cuando una bomba traidora, de esas que llovían incesantemente sobre París, cayó en el taller, y el joven artista voló hecho pedazos con todos sus cuadros y marcos de dorado esmalte. Un incendio horroroso siguió al estallido de la bomba, y fue imposible salvar siquiera los restos del desgraciado amigo. Anita se volvió loca cuando supo la terrible nueva, y Lembroy, desesperado, rabioso, buscó la muerte en la barricada del arrabal de Saint Marcel.

Tal fue el fin de aquel genio ignorado que principiaba á desplegar sus alas en el hermoso cielo del arte. ¡Quién iba á pensarlo!”

FRANCISCO J. FAERRON





LOS HOMBROS DE LA MARQUESA

I

La Marquesa duerme en su magnífico lecho, bajo las anchas cortinas de seda amarilla. A las doce, al timbre claro del reloj, se decide á abrir los ojos.

¡Qué tibia y agradable atmósfera! Los tapices, las colgaduras de las puertas y ventanas, convierten la habitación en un nido delicioso. Calor, perfumes por todas partes. Reina allí la eterna primavera.

No bien despierta, la Marquesa parece presa de viva ansiedad. Se incorpora; llama á Julia.

—¿Llama la señora?

—Dime ¿hiela?

—¡Oh, excelente Marquesa! ¡Con qué voz tan conmovida ha hecho esta pregunta! Su primer pensamiento ha sido para ese frío terrible, para ese viento norte de que ella está libre, pero que debe soplar cruelmente en los tugurios de los pobres.

Y pregunta si el cielo se ha apiadado, si puede gozar del calor sin remordimiento, sin pensar en los que tiritan.

—¿Hiela?

La doncella le ofrece el peinador que la Marquesa se pone al levantarse y que acaba de calentar á un buen fuego.

—¡Oh! Sí, señora; hiela más que nunca. Acaba de encontrarse á un hombre muerto de frío en un ómnibus.

La Marquesa siente una alegría infantil, se restrega las manos y exclama:

¡Ah, tanto mejor! Iré á patinar esta tarde.

II

Julia descorre las cortinas poco á poco, no sea que una brusca claridad hiera los delicados ojos de la encantadora Marquesa.

El reflejo azulado de la nieve penetra alegremente en la habitación. El cielo está gris, pero es un gris tan bonito, que recuerda á la Marquesa una túnica de seda, gris perla, que llevaba la víspera en el baile del ministerio. La túnica estaba adornada con blondas blancas, parecidas á los hilos de nieve que ve en los tejados, destacándose sobre la palidez del cielo. Aquella noche había estado deslumbradora con sus nuevos diamantes. Se acostó á las cinco; así es que tenía la cabeza algo pesada. Sin embargo, se sienta delante de un soberbio espejo, y Julia desata la blonda madeja de sus cabellos. La Marquesa se suelta el peinador, y sus hombros quedan al aire hasta la mitad de la espalda.

Toda una generación ha envejecido contemplando los hombros de la Marquesa. Desde que, gracias á un poder vigoroso, las damas de natural alegre pueden escotarse y bailar en las Tullerías. La Marquesa ha paseado sus hombros por entre el bullicio de los salones oficiales con tal asiduidad, que puede considerárselos como el programa viviente de los encantos del segundo imperio.

Ha tenido que seguir la moda, escotando sus túnicas, ya hasta la caída de los riñones, ya hasta el nacimiento de la garganta; de este modo ha ido entregando, línea á línea, todos los tesoros de su busto. No hay parte del tamaño de un piñón en sus hombros que no sea conocida de las piedras de la calle. Los hombros de la Marquesa, siempre al descubierto, son el blasón voluptuoso de la nueva monarquía.

III

Ciertamente, no es preciso describir los hombros de la Marquesa. Son populares como el Puente Nuevo. Han figurado por espacio de diez y ocho años en todos los espectáculos públicos. Basta percibir, en un salón, en el teatro ó en cualquier otro lado, la menor parte de ellos, para exclamar:—“¡Calla! La Marquesa. Conozco el lunar negro de su hombro izquierdo.”

Por otra parte, son hombros muy hermosos, blancos, redondos, provocativos. Las miradas de todo un orden de

cosas han pasado sobre ellos, dándoles más tersura, como esas losas que las pisadas de la multitud pulimentan á la larga.

Si fuese el marido ó el amante de la Marquesa, preferiría besar el botón de cristal del gabinete de un ministro, desgastado por las manos de los pretendientes, á rozar con los labios esos hombros, sobre los cuales se ha delizado el soplo ardiente de todo el París galante.

Cuando se piensa en los mil deseos que han palpitado en torno suyo, se pregunta uno la clase de arcilla con que la naturaleza ha debido fabricarlos, para que no aparezcan roídos y desmoronados como los contornos, comidos por los vientos, de esas estatuas desnudas, expuestas al aire libre en los jardines.

La Marquesa ha puesto su pudor en otra parte. Ha convertido sus hombros en una institución. ¡Y cómo ha combatido por el gobierno! ¡Siempre en la brecha, multiplicándose para estar en todas partes, en las Tullerías, en los ministerios, en las embajadas, en casa de los simples millonarios, arrastrando á los indecisos con fáciles sonrisas, ostentando el trono de sus senos de alabastro, mostrando en los días de peligro pequeños rinconcillos, ocultos y deliciosos, más persuasivos que los argumentos de los oradores, más convincentes que las espadas de los soldados, y amenazando, para conquistar un voto, con recortar sus almillas hasta que los jefes más feroces de la oposición se declararan vencidos!

Los hombros de la Marquesa han salido siempre ilesos y triunfantes. Han sostenido un mundo, sin que la menor arruga empañe su blanco mármol.

IV

Aquella tarde, la Marquesa, al salir de las manos de Julia, se va á patinar. Patina adorablemente.

Hace en el Bosque un frío espantoso; la brisa pica la nariz y los labios de las nobles damas como si el viento les soplasen arena fina en el rostro. La Marquesa se ríe. Le entretiene sentir frío.

De vez en cuando, se calienta los pies en los braseros encendidos que hay en las orillas del pequeño lago. Luego vuelve á entrar en la atmósfera helada, deslizándose como una golondrina que rasa el suelo. ¡Ah! ¡Magnífica partida! ¡Y qué dichosa es la Marquesa con que el deshielo no haya comenzado! Podrá patinar toda la semana.

Al volver á su casa, la Marquesa ve en los Campos Elíseos á una pobre que tiritaba al pie de un árbol, medio muerta de frío.

—¡Qué desgraciada!—murmura con voz sentida.

Y como el coche va á escape, no pudiendo encontrar su portamonedas, le tira su ramillete, un ramillete de lilas blancas, que vale por lo menos cinco luises.

EMILIO ZOLA





Notas

La belleza de los versos que conocemos de nuestro querido amigo Justo A. Facio sobra para que nos llene de alegría la noticia de que los hemos de ver reunidos, junto con otros inéditos, en un libro que está próximo á publicarse. Sin embargo aumenta este deseo natural de tener una obra nacional nueva y meritoria el gran cariño que nos ha sabido inspirar su autor con la amable y valiosa protección que ha dispensado á *Cuartillas*.

Justo parece que tuviera por norma el principio del Vizconde de Chateaubriand: "*el talento no es más que un trabajo continuado*". Nunca abandona el buril con que ha cincelado los primores de muchas de sus estrofas, sin que jamás, á pesar de los obstáculos, haya decaído su amor por la divina música del pensamiento; pero hasta ahora va á hacer un ramillete con sus flores dispersas.

El éxito le ha sonreído con frecuencia y el porvenir le halaga con sus promesas.

Ya nos figuramos el tomo elegante, con ese agradable olor de los libros nuevos, pasando de mano en mano, recibiendo las lisonjas y las observaciones de la crítica, y nosotros gozosos con cada uno de sus triunfos, con cada juicio favorable de los que indudablemente merecerá en el extranjero.

Lo esperamos con impaciencia.

Rubén Darío á pesar de sus grandes defectos es un escritor de talento entre cuyas obras hay bastantes suficientes para darle un nombre conocido y apreciado, como es en realidad el suyo. También es cierto que tiene otras en que domina el carácter nervioso,—neurótico mejor dicho,—que le es peculiar y que le ha conducido á extraviarse con frecuencia de una manera lamentable.

Pero si lo segundo es motivo para que críticos de

verás hayan ridiculizado y tratado con dureza varias de sus composiciones, lo primero basta para que nos duela que un escritor cualquiera, imitando sin gracia lo que han repetido cien veces periódicos de diversos países contra el autor del *Azul*....., se atreva á mirarle con desprecio dando á conocer en sus renglones un sentimiento de risible superioridad.

En el número pasado se publicó (conste entre paréntesis, que somos partidarios de la libertad completa de la prensa), una silueta española de Salvador Rueda, escrita por José Rodríguez López, en que después de un cúmulo de epítetos encomiásticos que de puro usados empalagan y que por fin no dice nada que produzca una pizca de interés, y de la enumeración de las obras del poeta español, concluye el siluetista quejándose amargamente del mal gusto de Rueda, quien para él ha cometido el crimen literario de alabar á Rubén Darío, *canónigo de la escuela decadente, literato chino de la emperatriz del Ching chong, á Arturo Ambrogi, pajarraco de la misma calaña, á Gómez Carrillo*. etc.

Bueno está el señor López Rodríguez para dar consejos á Rueda! El *inspirado é inteligente malagueño* ha elogiado de Rubén Darío lo que de él merece elogio, en cuya tarea no ha estado solo, pues lo mismo han hecho escritores de lo más distinguido de España y América.

Además es tan cándido el final de la *sinfonía en jarabe mayor* de don José! Después de quemarle todo el incienso posible al decadente español, menosprecia al americano, sin tener en cuenta el parecido del procedimiento artístico de ambos, y olvidando que entre los versos de Darío hay muchos superiores á una buena cantidad de los de aquel y otros que creemos sinceramente que Salvador no ha superado todavía.

No somos defensores de las exajeraciones de la escuela decadente ni tampoco llega nuestra meopía intelectual hasta el extremo de defender todo lo de Rubén á capa y espada; pero si sentimos escozor al ver que su obra, que podemos comparar á una flor que empezó á abrirse lozana y llena aroma y que después fueron poniendo las enfermedades anémica, sea ahora acabada de manchar por muchos que no tienen para ello más mérito que su audacia.

Es diferente que la mutilen Clarín y los hombres entendidos de América.



Se nos ha censurado por ahí porque no hemos llenado las columnas de *Cuartillas* exclusivamente con trabajos de estudiantes costarricenses ó porque dichas composiciones no han aparecido en mayoría en las páginas de este quincenal.

La segunda observación sería justa si en nuestra juventud hubiera un entusiasmo por las letras que desgraciadamente no existe. En vano hemos ofrecido á los principiantes espacio para sus producciones; apenas algunos han correspondido á nuestra invitación.

Los redactores somos dos, y por desdicha las musas no son tan pródigas con nosotros, que nos permitan suplir el trabajo que, dadas las circunstancias, corresponde á muchos más. No siempre se está de vena para escribir *literatura*, y aunque constantemente tenemos algo de reserva para llenar el compromiso que hemos contraído con el público, preferimos las composiciones de otras personas que aventajan ó igualan á las nuestras.

En Costa Rica es muy diferente llenar un periódico político, de noticias y comercial, á una que sea ó pretenda ser únicamente literario. Apelamos á los que hayan dirigido revistas como ésta, ellos dirán si tenemos razón ó no.

Respecto á lo de que sea todo de muchachos, nos parece una exigencia mal fundamentada. Algún atractivo ha de tener la lectura que ofrecemos, y cuál mejor que un artículo de uno de nuestros buenos escritores? Por utilidad se debe aprobar dicho proceder hoy que *Cuartillas* es el único periódico de su especie. Y aunque el autor no sea del país. El arte es cosmopolita. La sensibilidad y la inteligencia no le piden á lo bello que sea de aquí ó de allá para sentirlo ó comprenderlo, y mucho menos que su autor haya nacido en París ó en San José.

Pero por sobre todo, el motivo principal de esa conducta es que en nuestro ambiente y con nuestras condiciones no se puede hacer más que lo que hacemos.

Costa Rica Ilustrada, *La Revista de Costa Rica* y *Notas y Letras* periódicos de verdadera importancia, hicieron en lo que se refiere á extranjeros cosa parecida.

Tenían la inmensa ventaja de que el número de los escritores nacionales entusiastas era mucho mayor, y estaban aquí además de los que hoy existen extraños como

Proaño, Rubén Darío, Pedro Ortiz, que se empeñaban junto con ellos en las faenas de la prensa.

Excitamos una vez más á los compañeros de estudio para que nos ayuden en nuestra tarea, y cumplimos con el amable amigo Federico Witting, dándole las gracias por el artículo con que se engalanó el número anterior.

Por fin apareció la anunciada correspondencia de la República. En ella trata el autor, que firma con el pseudónimo "unos viejos de Cartago" de nuestro n.º 8, y lo hace ligeramente sin entrar en ningún análisis serio dando su opinión lisa y llana respecto de cada uno de los ocho trabajos que llenan el cuaderno.—Se conoce desde luego que el asunto no ha impresionado fuertemente su atención, que escribe á vuela pluma, como quien dice por no dejar.

Sin embargo quien ha hecho esa crítica es inteligente, hábil y no puede esconder su mérito á pesar de la modestia en que parece envolver sus párrafos.

Al referirse á la crónica de nuestro estimado colaborador Aquileo, que es la parte más importante del artículo, carga con demasiada sombra una broma que no tiene el veneno que se le atribuye.

Más bien que el Cronista deducimos de la lectura de La República que el escéptico es ese viejo de Cartago, mal impresionado del mundo, que afecta una desconfianza tal de nuestra sociedad que llega hasta creer que cuatro flores desojadas á los pies de señoritas ejemplares por su virtud, van á marearlas de tal modo que corren peligro de desvanecerse sus principios de moral.

¿No es ésto exajerar la realidad?

La generalidad de las costarricenses leen los periódicos en que se publican crónicas y después los olvidan, los pierden, sin que se opere ningún cambio en ellas por que se les haya dicho bonitas.—En las jovencitas la impresión será más agradable, tal vez más duradera, pero dado el carácter nuestro, se borra también sin dejar huella.

Lo que más le choca al corresponsal es el marco en que Aquileo coloca sus medallones.—Quien no lo conozca y lea ésto: "Semeja ella, la crónica, la manzana de que nos habla un cuento de hadas. Cubierta con bellos

colores, su fragancia excita el apetito y aun lo encapriha. Se explica mirándola el antojo pueril de la primera mujer".—"Después desliza en los oídos juveniles el cuchicheo meloso de la serpiente bíblica"—creerá que la descripción de que se trata deja muy atrás en detalles de esos que encienden la sangre, á los de un capítulo de la Bestia Humana de Zola ó á los de una pintura rigurosamente natural de uno de los libros de Maupassant por ejemplo.—No hay tal, lo que dice Echeverría, se oye en las conversaciones del hogar, en el teatro, en todas partes, talvez pintado á lo vivo, en una forma más peligrosa y sin embargo, no pervierte ni corrompe á quien no lo entiende mal ni está en camino del pesimismo.

¿Qué señorita, por jóven y virtuosa que sea, no sabe de una manera más ó menos ideal que el amor puede sufrir decepciones y que también tiene atractivos?

Aquileo, lo repetimos, no describe, apenas menciona una cuestión tan vieja como el hombre y tan común como él, así es que no puede dar origen á malos pensamientos que si es muy fácil que nazcan en quien como el viejo de Cartago, ya ha corrido mucho mundo, ha leído toda clase de libros y puede llegar al extremo de figurarse que todos tenemos igual malicia.

La crónica no merece tanto rigor y sólo puede haber sido censurada con acritud inspirándose en los consejos de un moralista demasiado meticuloso y aprensivo ó quizá excesivamente fino y perspicáz.



CUARTILLAS

Revista quincenal



CONDICIONES DE VENTA



Trimestre.....	\$ 2-00
Número suelto.....	0-50

Pago adelantado



Administrador,

ANTONIO FONT

6^a Avenida E., N^o 39

San José, C. R.